

---

## CAPÍTULO VII.

En el que empieza á descubrirse el secreto  
de la berlina misteriosa.

Nuestro héroe había dicho la verdad á sus amigos al asegurarles que su visita á Lord Walbrook había sido infructuosa, porque ni él ni Sir Packet descubrieron indicio ninguno que les diera luz acerca del misterio de la berlina; y el uno y el otro salieron del palacio del Lord con la misma curiosidad con que habían entrado.

Cuando atravesaban el pórtico, Miguel se dirigió á su compañero, y hablándole en inglés, en un inglés desastroso, le dijo :

— Parece que Lord Walbrook ha de ser bastante excéntrico.

Detúvose Sir Packet un instante para traducir lo que Lanuza había dicho, y le contestó en español, en un español horrible :

—Oh, sí; muy excéntrico. Padece la manía de los tipos..... Ah..... y yo ignoraba que tuviese una hija.

—¡Hermosa criatura! exclamó Lanuza entrando en el coche. Y es extraño que no la lleve en su compañía.

—¡Oh! replicó el Embajador. Se resentía de ello la severidad de las costumbres inglesas. Ya veis, Lord Walbrook no está casado.

Hé ahí todo lo que sacaron en limpio. Mas nuestro héroe ocultaba algo en el fondo de su secreto pensamiento, pues desde aquel día se mostró más pensativo que de ordinario, cultivando con asiduo esmero la amistad de Lord Walbrook, cuya casa encontraba siempre abierta. No debe sorprendernos que el flemático Lord le abriera, digámoslo así, los brazos de su intimidad, pues ya sabemos el empeño que tenía en adquirir á *Bel-Khrer*, empeño en el que estaban interesadas su vanidad de inglés y su dignidad de Lord; porque sólo un inglés y un inglés Lord debía ser dueño de aquel precioso caballo, que tenía el prodigioso mérito de haber vencido

en la carrera á Ofelia, arrogante yegua, por cuyas venas corría la sangre pura de la raza inglesa; y mientras el honorable inglés no encontraba la muerte original que andaba buscando, bien podía tener en *Bel-Khrer* sus cinco sentidos.

Le fué fácil comprender á Lanuza el decidido empeño del Lord, y le dejaba entrever esperanza de conseguirlo. Estrechado un día, contestó:

—Milord, si encuentro lo que busco, *Bel-Khrer* será vuestro.

—Ah, exclamó Lord Walbrook, decidme lo que buscáis, y os juro que lo encontraremos.

—Dejadme, replicó Miguel, que lo encuentre yo solo.

No son las últimas noches de Noviembre las más á propósito del año para pasear por los jardines de Recoletos; pero en materia de gustos no hay nada escrito, y Miguel solía dar una vuelta al rededor de la verja del palacio de Lord Walbrook ántes de ir á sepultarse en las dulzuras del sueño. Había hecho costumbre de este paseo secreto y so-

litario, y ninguna noche se acostaba sin darlo.

Se entretenía en ver los reflejos de la luz que algunas veces salían al través de las persianas del piso bajo del palacio de Lord Walbrok, y apoyado en la verja espiaba las mudas ventanas del solitario edificio, cuyos ángulos oscuros se confundían con las sombras de los árboles á la dudosa claridad de las estrellas.

Si era curiosidad, era una curiosidad inexplicable en el que tenía entrada franca en el palacio á cualquier hora del día, y si dentro del palacio y á la luz del sol no averiguaba nada, ¿qué demonios podía inquirir al través de la verja y en medio de la oscuridad de la noche? Si no era una ciega curiosidad, ¿qué objeto podía llevarle á rondar secretamente el palacio de lord Walbrok?

Todas las noches entre doce y una veía desaparecer la luz que alumbraba el aposento de la planta baja del palacio, cuyas ventanas, divididas por el ángulo derecho del edificio, daban dos á la fachada principal y dos al costado. Esta luz se iba reproduciendo en las ventanas sucesivas, corriéndose hácia la parte

posterior del palacio y deteniéndose como á la mitad del camino. Miguel, pegado á la verja, seguía el movimiento de la luz, deteniéndose donde la luz se detenía.

Aquellas no eran las habitaciones de Lord Walbrook, pues ya sabemos que éste ocupaba el piso principal del palacio. Tampoco podían ser habitaciones destinadas á los criados; y á la hora en que esto acontecía, y el silencio con que la luz pasaba de una ventana á otra, hacían presumir que alguna persona importante las ocupaba. ¿Quién podía ser ésta?

La luz se detenía en la séptima ventana, y allí á Miguel, hecho todo ojos, le parecía distinguir una sombra que se movía dentro de la estancia proyectándose en las persianas. Poco después la luz se extinguía, y nuestro héroe tomaba el camino de su casa sin haber hecho averiguación ninguna. Sin embargo, tuvo por cosa cierta y segura que la persona hospedada en aquella parte del palacio era la misma que se escondía en la berlina misteriosa.

A este dato reunió otro más interesante.

Sucedió que una noche, dando vuelta al edificio, como tenía de costumbre, observó que la persiana de la séptima ventana estaba subida. Circunstancia felicísima, porque al traves de los cristales vería perfectamente lo que pasaba dentro, luégo que la luz viniera como siempre á iluminar la estancia.

Colocóse discretamente al amparo de la pilastra más próxima y esperó fijo en la ventana, cuyos cristales brillaban temerosamente bajo la sombra del muro, como brillan en la oscuridad los ojos de los gatos. No tuvo que esperar mucho tiempo; mas para la impaciencia los minutos son siglos, y vaya V. á decirle á la impaciencia que no tenga prisa.

Al fin, la luz comenzó á pasar de una habitacion á otra, y por último, sus reflejos brillaron en los cristales de la séptima ventana. El corazón de Miguel latía con desusado ímpetu, golpeando su pecho como si dentro de él se sintiera oprimido y quisiera romperlo. No era nuestro héroe un sér pusilánime, ni había motivo alguno para temer que asomára por aquella ventana la cabeza de Medusa; ántes bien, Miguel esperaba

ver dibujarse en el cuadro iluminado por la luz la risueña cabeza de un ángel del cielo; no latía, pues, su corazón sobrecogido por el espanto, sino agitado por la ansiedad, por esa ansiedad profunda que nos conmueve en el momento en que vamos á ser dueños de un secreto impenetrable. ¿Quién más, quién ménos no ha pasado por una situación semejante? No debe, pues, sorprendernos la emoción con que Miguel vió iluminarse la ventana donde tenía clavados los ojos y suspenso el alma.

Con la boca abierta y la respiración precipitada vió aparecer al otro lado de los cristales el contorno de un busto humano. Redobló Lanuza la atención de su mirada y distinguió que era el busto de una mujer. No podía apreciar bien los detalles de su vestido ni alcanzaba á precisar con exactitud el conjunto de sus facciones; mas adelantándose la imaginación adonde la vista no llegaba, le hizo creer que el vestido era un portento de riqueza, y el rostro un conjunto de hermosura. La cabeza que tan atentamente observaba, hizo un movimiento presentando

el perfil vigorosamente recortado por el resplandor de la luz, sobre el que se destacaba con precision rigurosa. Miguel estuvo á punto de lanzar un suspiro, uno de esos suspiros que el corazon se reserva para el momento solemne de los grandes desengaños. Aquel perfil no era el perfil que esperaba; era un perfil vulgar, sin correccion y sin gracia, de frente estrecha y de nariz puntiaguda. Era sin duda todo lo contrario de lo que él habia visto en su imaginacion. De pronto, la figura recortada por la luz se desvaneció, oscureciéndose la claridad que la rodeaba, como si una sombra hubiera pasado por delante de ella. Esta sombra debia ser la de otra persona momentáneamente interpuesta. Volvió á brillar la luz de nuevo, pero el perfil habia desaparecido. Por algunos instantes Miguel no vió en el cuarto más que la claridad que lo iluminaba. Luégo distinguió una cabeza, unos hombros y unos brazos que se acercaron á la ventana; oyó rechinar suavemente el pasador que cerraba los cristales y los vió abrirse de par en par. Entonces los brazos se apoyaron sobre el alféi-

zar de la ventana, y la cabeza, inclinándose sobre los hombros, se asomó exclamando:

—¡Oh, qué hermosa noche!

Esta exclamacion fué hecha en frances y en voz baja, pero no tan baja que no descubriera lo poco armonioso de su timbre.

Otra voz fina y cadenciosa salió del fondo del cuarto, y contestando á la exclamacion de la primera, dijo:

—Mari, las noches son hermosas porque son tristes.

Tambien la respuesta fué pronunciada en frances puro y correcto.

Al oir el sonido de esta voz, Miguel abrió la boca como si hubiera querido recoger el aire que la llevaba, y adelantó la cabeza amparado por la sombra de la pilastra detras de la que se escondia. Esperaba una conversacion y no queria perder palabra.

La primera voz que hemos oido, replicó diciendo:

—¡Tristes!..... ¡Gran Dios!..... ¿qué penas tienen las noches para estar tristes?

Una carcajada breve y armoniosa como el trino del ruiseñor contestó á esta pregun-

ta. Miguel se estremeció al oirla, sintiendo la repentina impresion que causa el sacudimiento de una descarga eléctrica.

Casi en el mismo instante cayó la persiana y se cerraron los cristales, y poco despues se desvaneció la luz como todas las noches, y nada más volvió á verse ni á oirse.

Nuestro héroe permaneció todavía mucho tiempo pegado á la verja, con los ojos fijos en la ventana y con los oidos llenos de aquella voz, de aquella risa, que Dios sabe las ideas y los sentimientos que despertarian en su alma novelesca. Y en verdad, todas las circunstancias del caso concurrían á excitar el interes; la hora, el silencio y la oscuridad de la noche, el misterio en que se ocultaba la persona que vivía en aquella parte del palacio, y sobre todo, el timbre sonoro de su voz melodiosa, eran circunstancias bastantes para sentir la viva ánsia de llegar al fondo del secreto. Reuniendo los datos adquiridos en sus investigaciones nocturnas, Miguel dedujo de cuanto había visto y oído las siguientes conclusiones:

«En esta parte del palacio habita la per-

sona que se oculta en la berlina misteriosa; esta persona es una mujer, y esta mujer debía ser necesariamente jóven y bella.»

Todos tenemos algo de artistas; nos basta ver un dedo para construir una mano, una mano para construir un brazo; un rizo negro, rubio ó castaño es suficiente para que sin vacilar la mano maestra de nuestra imaginacion trace el contorno armonioso de una gallarda cabeza. La mujer más hermosa es la que esconde el rostro bajo la sombra del velo. Miguel tuvo bastante con la voz que había oído para levantar en su pensamiento el airoso edificio de la más perfecta hermosura. Mas ¿quién era esta mujer? Sin duda alguna la hija de Lord Walbrook. ¿Por qué se ocultaba? Sir Packet lo había dicho: Lord Walbrook no estaba casado. No obstante, aunque el secreto parecia descubierto, Miguel no se dió por satisfecho; necesitaba verla para convencerse de que era en efecto la hija de Lord Walbrook; y la prueba sería concluyente, porque el retrato que había visto lo llevaba en la memoria como si se hubiera fotografiado en su pensamiento.

Insistió, pues, en sus paseos solitarios por los jardines de Recoletos en las altas horas de la noche á pesar del frío, y más de una vez á pesar de la lluvia, teniendo por cosa segura que acabaría de sorprender el secreto. Sin embargo, pasaba las noches vagando al rededor del palacio como un alma en pena, sin conseguir más luz que los reflejos de la que se escapaba por las persianas. Alguna vez pensó si era lícito aquel espionaje y tuvo sus dudas, tranquilizando al fin la conciencia con el solemne juramento que se hizo á sí mismo de guardar el más profundo sigilo.

Empezaba á perder la esperanza y no se decidía á renunciar á su empresa, cuando una noche, acercándose cautelosamente al lugar de sus observaciones, creyó distinguir un bulto que se deslizaba á lo largo de la verja, y creyó que sería algún transeunte, cosa rara en aquel sitio y en aquella hora, pero que bien pensado no tenía nada de particular. Miguel huía de los transeuntes que alguna vez solía encontrarse, y se detuvo, recatándose en la sombra de los árboles más

inmediatos al palacio, y desde donde veía toda el ala derecha del edificio.

El bulto continuó deslizándose á lo largo de la verja, dirigiéndose hácia la parte posterior de la casa. Miguel lo siguió con los ojos hasta que lo perdió de vista desvanecido en la oscuridad de la noche, y permaneció quieto hasta que la luz comenzó á pasar de una habitacion á otra, deteniéndose en la séptima ventana. Entónces dió un paso para dirigirse á la pilastra que daba frente á la ventana, donde los reflejos de la luz se habian detenido.

He dicho que dió un paso, porque al dar el segundo distinguió otro bulto, si no era el mismo, que se adelantaba pegado á la verja, y se detuvo diciendo para sí:

—Ese hombre ha equivocado el camino y vuelve por los mismos pasos; dejémosle que pase.

Adelantóse el bulto muy despacio hasta llegar á la mitad de la verja, y allí se paró.

¡Hola! pensó Miguel; el buen hombre se conoce que no tiene prisa ó que no sabe por

dónde anda; ¿qué demonios se le habrá perdido allí?

Precisamente el bulto se hallaba detenido delante de la séptima ventana.

Viendo Miguel que no se movía del sitio en que se había parado, temió que se hubiera propuesto pasar allí la noche.

—¡Bah! se dijo entre dientes. Sin duda está borracho, y al ver que todo anda á su alrededor, habrá dicho: «¿Qué necesidad tengo yo de moverme?», y espera ahí muy tranquilo que pase su casa para meterse en ella.

Debía ser así, porque el bulto no se movía.

Quiso Miguel observarlo más de cerca sin descubrirse, y retirándose estratégicamente, dió un gran rodeo y fué á colocarse casi á su espalda á una distancia de quince pasos, escondiéndose entre los enormes sillares amontonados en aquel sitio para la construcción de un nuevo palacio. Desde allí pudo distinguir que en efecto era un hombre de pequeña estatura, que apoyado el hombro en la esquina de la pilastra, parecía absorto contemplando la ventana donde áun la luz

dejaba ver sus reflejos al traves de las persianas caidas.

—¡Calla! exclamó Miguel hablando consigo mismo y guiñándose el ojo. Otro curioso que quiere averiguar el secreto de Lord Walbrook Pero ¡qué demonios! su traje no me parece muy distinguido, su facha no es de lo más recomendable y su curiosidad es incomprendible. ¡Ah!..... ya, ya caigo; este hombre no trabaja de su cuenta, no es curioso *motu proprio*; ha de ser un espía pagado por cualquiera que ha tenido el mismo pensamiento que yo, y no pareciéndole muy agradables estas excursiones solitarias á la intemperie á media noche y á fines de Noviembre, ha preferido alquilar unos ojos que miren y unos oidos que escuchen. Indudablemente es un medio más cómodo que el que yo he adoptado, pero el mio es más seguro. Ese pobre diablo se cansará de mirar y no ver, de escuchar y no oír; y si no es rematadamente tonto, contará despues lo que no ha visto ni oído; y el imbécil que le pague tendrá que creerlo ó matarlo. Por lo demas, espero que el frio, que se deja sentir,



le advierta pronto la diferencia que hay entre pasar la noche en la cama ó en la calle. De todas maneras es un contratiempo, con el cual no contaba.

Antes que llegára al fin de estas consideraciones se apagó la luz, quedando la séptima ventana tan oscura como las restantes, y Miguel siguió reflexionando mucho tiempo, sin que el hombre apoyado contra la pilastra y con el rostro vuelto hácia la verja hiciera movimiento alguno.

— ¡Bah! dijo Miguel para sí, encajonado entre los sillares; el hombre ha tomado la cosa por lo serio y se va á pasar ahí la noche como un bruto..... Nada, no se mueve. La posicion en que se encuentra no es muy cómoda para echar un sueño, pero hay quien duerme de pié tan profundamente como tendido. Es muy capaz de estar soñando lo que deberá contar mañana..... no es mal sistema, porque así podrá jurar que lo ha visto.

El hombre continuaba inmóvil, y Lanuza, mirándolo atentamente, siguió diciéndose:

— Él parece que se ha venido algo ligero de ropa, y este vientecillo de Guadarrama

penetra hasta los huesos. ¡Demonio! ¿si se habrá helado? Si así fuera, lo merece por curioso.

Sin embargo, sintió compasion por aquel infeliz y tuvo intenciones de acercarse y socorrerlo.

Ya iba á poner en práctica su generoso pensamiento, cuando advirtió que el hombre se movia. En efecto, abandonando la pilastra en que se apoyaba, adelantó la cabeza hasta tocar con la frente en los hierros de la verja.

— Pobrecillo, continuó pensando Miguel; se cansa de su inútil espionaje y no se atreve á irse. Vamos, es un mame-luco.

Dos minutos despues el *pobrecillo* puso un pié sobre el zócalo en que descansaba la verja, despues puso el otro, y enderezándose, parecia por los movimientos de la cabeza que examinaba el terreno comprendido entre el edificio y la cerca, y aún podia presumirse que contaba las ventanas. Éstas se extendian de un extremo á otro de la pared, á dos varas del suelo, sobre una repisa de tres pal-

mos de altura bastante salientes, que formaba la maciza base del edificio.

—¡Bueno! siguió Miguel pensando; parece que estudia el terreno, midiendo con los ojos la fachada como pudiera hacerlo un arquitecto. Se conoce que es un espía de conciencia, que quiere ganar su salario.

En esto el espía, alzando los brazos sobre su cabeza y asiéndose con ambas manos á uno de los hierros, comenzó á elevarse, subiéndolo primero un brazo y luego otro, y apoyando sucesivamente las rodillas en la piedra de la pilastra. Era una ascension silenciosa, que Miguel miraba con ojos atónitos, exclamando interiormente:

—¡Adónde va ese hombre!

Iba sin duda alguna á ganar el remate de la verja; esto era claro por grande que fuese la oscuridad de la noche; pero no debiendo atribuirse á un mero capricho de agilidad aquel ejercicio gimnástico, era de suponer que intentaba penetrar en la especie de jardín que rodeaba al palacio.

En efecto, una vez arriba, pasó una piedra primero y luego otra, y comenzó á des-

cender lentamente por la parte interior de la verja.

Miguel lo perdió de vista, y saliendo de su escondite, se encorvó hasta andar á gatas, y de este modo cruzó el espacio que lo separaba de la verja y fué á guarecerse al amparo de la misma pilastra en que el hombre habia estado apoyado ántes. Desde allí registró con ávidos ojos la distancia que separaba la verja de la masa pesada y silenciosa del edificio, sin distinguir más que las sombras inmóviles de los pequeños arbustos y los oscuros dibujos que formaba el césped. De pronto creyó que una de estas sombras andaba dirigiéndose hácia el muro del palacio, y no tardó mucho en reconocer en ella al atrevido espía, que se habia detenido al pié de la quinta ventana.

La curiosidad del buen hombre picaba en historia, y era demasiada audacia por muy caro que le pagáran su trabajo. Esta consideracion varió el rumbo de sus sospechas, empezando á presumir que no era la curiosidad, sino el amor, el móvil de aquel escalamiento tan cautelosamente realizado. Es ver-

dad que, por lo que Miguel tenía averiguado, el perfil de Mari no era muy á propósito para inspirar el valor necesario á tan arriesgada empresa, pero tal vez poseía otros encantos capaces de hacerle perder el juicio al más pintado. No era, pues, un espía, sino un amante; no era un curioso, sino un enamorado; no se trataba de una exploracion imprudente, sino de una cita discreta.

Entre tanto, el hombre se habia empinado sobre el ángulo saliente de la repisa que se extendia al pié de las ventanas, y encarándose muy suavemente, introdujo las manos por debajo de la persiana, que colgaba como una cortina, detras de la que metió la cabeza, y poco á poco fué desapareciendo como si se lo hubiera tragado el hueco de la ventana.

—¡Demonio! exclamó Lanuza de dientes adentro. No solamente es un amante, sino un amante afortunado; el bribon se entra como Pedro por su casa. Hé aquí el secreto de Lord Walbrook puesto en manos de un perillan, que si llega á saber lo que vale, lo venderá á peso de oro. No seré yo quien des-

perdicie la ocasion de comprarlo por cuatro cuartos.

Verdaderamente, adquirir la confianza del hombre que así se atrevia á penetrar en el palacio al traves de los muros, era cuanto podía desearse. Miguel esperó el término de la aventura. Su plan, concebido con la impaciencia del deseo, era seguir al amante afortunado, hacerse su amigo y comprar su confianza á cualquier precio.

En medio del silencio de la noche, llegó á su oido atento un ruido casi imperceptible, semejante al de un pasador de hierro que se escurre por los anillos que lo sujetan, y Miguel pensó que Mari, poco escrupulosa, corria el pestillo que cerraba los cristales de la ventana, y se alegró allá en sus adentros de la buena suerte de su futuro cómplice. Mas á poco vió deslizarse por la pared la sombra del dichoso amante y perderse en el extremo de la verja que cerraba la parte posterior del palacio. A poco oyó el canto de un gallo, que tuvo por respuesta el aullido de un perro. La sombra volvió á pasar pegada á la pared del edificio, trepó por la

repisa, y como la vez primera, desapareció debajo de la persiana.

Nada de esto le pareció á Miguel muy propio de una aventura amorosa, y súbitamente sus sospechas comenzaron á tomar un aspecto más serio. Aseguróse de que llevaba un rewólver de seis tiros en el bolsillo del gaban, y con la irreflexion del valor seducido por el peligro, saltó sobre el zócalo de la verja, trepó por los hierros con más fuerza que habilidad, y en medio minuto se encontró dentro del jardín. No se detuvo á pensar la locura que acababa de hacer, y llegó al pié de la ventana, donde por segunda vez habia desaparecido la sombra de aquel hombre que tan cautamente escalaba el palacio, sin duda alguna movido por siniestras intenciones.

Empinóse sobre las puntas de los piés, pero nada pudo descubrir más allá de la persiana, ni llegó á sus oídos ruido ni rumor alguno. Sacó el rewólver y lo empuñó con la mano derecha, miéntras alargando el brazo izquierdo cogió con la punta de los dedos el extremo de aquella cortina de madera que cerraba el paso

á la vista, alzándola sobre su cabeza. A pesar de las sombras de la noche, sus ojos, acostumbrados á sondear la oscuridad, pudieron ver vacío el hueco de la ventana y abiertos los cristales. El hombre, pues, estaba dentro.

¿Cómo habia podido penetrar estando cerrados los cristales? Forzosamente debia tener un cómplice dentro de la casa, sin cuyo auxilio no habria podido abrirlos. Esto pensaba Miguel, cuando sus dedos, recorriendo el alféizar de la ventana, tropezaron con un objeto que por el tacto conoció que era un pedazo de cristal, y comprendió que habia sido cortado con el filo de un diamante, pudiendo de este modo abrir por dentro el que se hallaba fuera (1).

(1) Aquí es muy posible que al lector se le ocurran dos preguntas.

Primera: ¿No tenían las ventanas del palacio de Lord Walbrook hojas de madera que las pusiera á cubierto de un golpe de mano semejante?

Segunda: Si las tenían, ¿cómo no estaban cerradas á tan altas horas de la noche?

No sé si las ventanas del palacio de Lord Walbrook tenían hojas de madera ó dejaban de tenerlas; pero con-

Nuestro héroe no sabía qué partido tomar. Seguir adelante era temerario, no por el peligro á que pudiera exponerse, sino porque su presencia allí á aquella hora sería inexplicable y comprometeria el honor de la mujer que habitaba aquella parte del palacio; al mismo tiempo era bastante valeroso para pensar en retroceder, dejándola expuesta al peligro que indudablemente la amenazaba.

No hay tormento semejante al de la indecision. Los momentos no podian ser más críticos, y Miguel apretaba los dientes, bramando interiormente por no saber qué hacer.

fieso que si no las tenían era un olvido imperdonable del arquitecto, que sabiendo que Madrid es hoy dia el refugio de los más audaces ladrones, dejaba el opulento palacio sin más defensa que la verja del jardin y los frágiles cristales de las ventanas. Si las tenían y no estaban cerradas, es preciso convenir en que era un descuido disculpable, porque los criados del honorable Lord, ingleses todos ellos desde los piés hasta la cabeza, estando seguros de que habitaban en la culta capital de España, no habian de sospechar que vivian en Marruecos, ni siquiera en Sierra-Morena.

En tan terrible ansiedad, vino á sorprenderlo el resplandor de una luz repentina que iluminó súbitamente el cuadro de la ventana; un grito agudo resonó dentro de la estancia, clavándose como un puñal en los oídos de Miguel, oyéndose al mismo tiempo un golpe sordo y profundo, semejante al que produce un mueble pesado al caer sobre la alfombra.

La luz brilló un instante como un relámpago, y Lanuza, más ligero que el rayo, saltó sobre el alféizar de la ventana, lanzándose en medio de la habitacion cuando ya la luz se habia extinguido.